

A C T I T U D E S

LA TRISTE MUERTE DEL «CHORLITO»

Por ILDEFONSO-MANUEL GIL

LA cantina del *Pin* era el sitio menos recomendable de Pinarillo. Sobre todo desde el atardecer, a medida que las calles se llenaban de sombra, cercando cada vez más el débil halo amarillento de las escasas bombillas que pretendían alumbrar al pueblo.

La cantina del *Pin* cambiaba de aspecto y de clientela según las horas. En la raya del alba los campesinos, camino del tajo, entraban a echar una perra de aguardiente para matar el gusanillo. Dejaban los abríos en la calle y no se entretenían apenas. Charlaban poco, y siempre del tempero, del riego y de cómo apuntaban las cosechas.

Cuando hasta los menos madrugadores habían pasado ya, el tío *Pin* barría, ponía sobre el mostrador las grandes latas de escabeche, ya empezadas, los embutidos, una torrecilla de quesos de oveja y unas cuantas tabletas de chocolate muy cuidadosamente ordenadas.

Sacaba a la calle dos cubos de sardinas rancias, que colocaba apoyados en la pared a ambos lados de la puerta, y colgaba una vieja pizarra en la que se leía: «ai Escabeche de madera». A partir de este momento y durante varias horas, la cantina ascendía al rango de tienda de comestibles y las mujeres pobres hacían allí sus compras.

En las primeras horas de la tarde estaba casi vacía, salvo en los días de lluvia, que se llenaba de campesinos. Normalmente eran éstos los clientes del atardecer; llegaban después de dejar los aperos en sus casas. Como no se sentían a gusto en la atmósfera pesada de dentro, en cuanto hacía buen tiempo salían a la calle, sentándose en el bordillo de la acera. Allí estaban hasta que cerraba la noche y muchos de ellos ya habían cenado. Trasnocaban poco, porque el madrugón les arrugaba los ojos.

De lo que más hablaban por aquel tiempo era del moro. Algunos

tenían hijos al otro lado del Estrecho y contaban a los demás lo que decían en sus cartas. Casi siempre acababan nombrando la mala suerte de la familia de los *Rallos*, que en doce años se habían dejado en el moro dos hombres: uno, en lo del Barranco del Lobo, y otro, entonces, en Monte Arruit.

Cuando los campesinos se iban, es cuando caían por casa del *Pin* sus parroquianos más asiduos: *Cadola* y el *Chorlito*, el tío *Pristo* y el *Costillas*. No los cuatro juntos, sino de dos en dos, tal como los hemos nombrado. Y allí se quedaban hasta que el tío *Pin*, rendido de sueño, los echaba para cerrar.

Era la única taberna de Pinarillo en la que se dejaba entrar a gitanos y quincalleros, siempre que su sed tuviese repuesto de perras. A veces había uno que tocaba la guitarra y desde la calle oíamos los chicos, entre divertidos y asustados, canciones extrañas, voces destempladas y unas risas agrías que nos ponían tristes de pronto.

La puerta de la cantina del *Pin* era muy pequeña y sus cristales estaban pintados de blanco. Nada más abrirla, se nos mostraba ya un mundo extraño: porque mientras todas las demás tiendas del pueblo estaban al nivel de las aceras, o más altas, la del tío *Pin* estaba más baja, y había que descender por una escalera de madera, bastante empinada, clavada al umbral de la puerta.

Era un local estrecho y largo, sin ninguna ventana. Al fondo, penumbroso siempre, una puerta daba acceso a la vivienda del dueño. Junto a esta puerta estaba la maravilla de la casa: un negrito, sonriente y desnudo, de cuyo ombligo salía una jeta: de allí sacaban el aguardiente, que era la bebida más selecta de la cantina. El *morico del Pin* era un ser casi fabuloso, al que los niños mentirosos hubieran tenido que ir a contar las *bolas* que no se tragaban los otros.

Varias mesas de madera cruda se alineaban a lo largo de la pared, en la que había un banco empotrado que llegaba desde el pie de la escalera hasta la puerta del fondo. En los tres lados libres de cada mesa había taburetes de madera, también sin pintar. Y sobre la pared, estampas de almanques viejos y un cartel de toros de la feria de Calatayud.

Todo esto era en el lado izquierdo, según se entraba. En el derecho estaba, primero, el mostrador, que tenía detrás la estantería llena de latas, embutidos, velas colgadas en manojos, alpargatas, gorros de paja y algunas cosas más, según el tiempo. A continuación, y llegando hasta el fondo, se alineaban cuatro toneles, montados sobre caballetes, con unos cuencos debajo de las jetas y una jarra de latón en cada uno.

Detrás del mostrador, cuando actuaba de tendero, y entre las mesas y los toneles, cuando tabernero, estaba siempre el tío *Pin*, larguirucho y desgarbado, con sus rubios bigotes, grandes y curvados hacia abajo, al revés de todos los demás bigotes de Pinarillo.

Era carabinero retirado y quizás por eso no se le encogía el ombligo cuando tenía que echar a la calle a algún borracho que buscase demasiada bronca, aunque fuese el mismo *Costillas*. Viudo, tenía una hija, entrada en años y en carnes, a la que nunca se veía en la tienda. Ni siquiera en las horas de las mujeres.

Al atardecer es cuando los chicos del barrio buscábamos excusa para curiosear lo que había allí dentro. Teniendo cinco céntimos, la cosa era fácil. Uno no debía hacer más que entrar y ponerse junto al mostrador. Si se tenía la suerte de que el tío *Pin* anduviese entre las mesas o sacando vino de algún tonel, se podía estar uno un buen rato viendo al *Chorlito* con *Cadola* en una mesa y al tío *Pristo* con el *Costillas* en otra.

El aire espeso de humo de tabaco y oliendo al verdel de las grandes latas abiertas, se nos agarraba a la garganta. Pero daba gusto estar allí y siempre nos parecía corto el rato.

Cuando el tío *Pin* venía al mostrador, comprábamos una perrica de cacahuetes, que recogíamos en la boina. Y entonces había que irse. Pero entre tanto habíamos visto y oído lo que allí pasaba.

Cadola y el *Chorlito* estaban siempre callados, pasándose el porrón del uno al otro. A *Cadola* le faltaba media oreja y todos sabíamos por qué. La cosa fué muchos años antes, cuando la taberna no era aún del tío *Pin*. *Cadola* y el *Chorlito* eran entonces jóvenes y tenían en las venas más sangre que vino tinto. Pero hacían ya cuanto podían para que fuese al revés, y andaban cargando de vinazo el cuerpo.

Una noche, borrachos perdidos, se pusieron a jugar al toro. El *Chorlito* debió de hacerle una gran faena a *Cadola*, porque cuando éste cayó, sin puntilla, patas arriba, el público aplaudió mucho y empezó a pedir la oreja. *Cadola* seguía en la arena y el *Chorlito* se arrodilló a su lado, le buscó la cara y se le llevó de un mordisco medio trofeo.

El caso es que llevaron al pobre *Cadola* al hospital de Zaragoza y metieron en la cárcel del pueblo al *Chorlito*. El juez no debía de tener mucho aguante para el papeleo y lo puso en la calle al otro día. Andando, se marchó a Zaragoza y se estuvo en la puerta del hospital, sin comer ni beber, hasta que a su amigo le dieron el alta. Juntos volvieron a Pinarillo y juntos seguían, al cabo de veinte años,

Trabajaban poco. En verano se dedicaban a vaciar pozos negros, por la noche, y en invierno iban al monte a coger aliagas. Las vendían por cargas enteras en la ollería y en los hornos, o por fajos sueltos en las casas particulares que iban a hacer la matacía. También iban a la estación, para llevar el equipaje a los viajeros. Pero de éstos caían pocos. El caso es que bebían, aunque comer no creo que se les viese nunca.

El tío *Pristo* y el *Costillas*, en otra mesa, jugaban a la baraja, le sacudían al porrón, gritaban, blasfemaban, discutían interminablemente las jugadas. Esto nos divertía mucho, porque a la sota la llamaban con otro nombre, que era una palabra muy fea. Si había algún forastero, fanfarroneaban, echando hombría por su boca. Los dos eran alborotadores y broncos de genio y más de una vez se hubiesen liado a golpes con gitanos o segadores, si no fuera por el tío *Pin*. Pues aunque decía el *Costillas* que ni él ni *Pristo* le tenían miedo a nadie, la verdad es que el tío *Pin* se les imponía siempre.

El tío *Pristo* era grandulón, peludo; entre barba, bigote y patillas casi no le quedaba barba libre. En aquella sucia maraña de pelos, sus ojos bovinos parecían mirar desde dentro de una zarza. Era curandero de bestias y eso le daba bastante dinero, que iba a parar a la caja del tío *Pin*. A pesar de las borracheras y de las bravatas que lanzaba con un vozarrón tremendo, era un pobre hombre.

Otra cosa era su compinche, el *Costillas*. Mal encarado, mirando siempre de través, con un cigarrillo, casi siempre apagado, en la comisura izquierda del labio, se pasaba la vida presumiendo de jaque. Había estado diez años en un penal, porque una noche se llevó por delante a un pobre hombre nada más que *por las buenas*, como decía él. Desde que salió del penal, no había dado pique y se ignoraba de qué vivía. Claro que casi siempre pagaba el tío *Pristo* las ensaladas de escabeche y el vino de los dos.

El *Costillas* era el que más nos interesaba a los chicos, con un interés empavorecido y casi alucinante. Y lo que decía él es lo que nos gustaba oír, mientras esperábamos con la boina preparada el puñado de cacahuetes.

Decía cosas tremendas, que a ninguna otra persona de Pinarillo se le podían oír. Hablaba con frecuencia del penal, donde había sido cabo de varas. No cumplió ni siquiera la mitad de la condena; por *güena conducta*, decía con sorna.

—La piel de *otre* la pagas haciendo suelas de alpargata a la sombra y *sagudiéndoles morradas* a los compadres.

Y contaba cosas de otros penados, como la historia de uno de Llanorreal, compañero suyo de celda. Sabiendo que su mujer lo engañaba, había consentido en pasar por cornudo hasta que ella y el otro se confiaron. Los pilló, al fin, *en blando* y los había cosido a cuchilladas, *arrebanándoles aluego la nuez* y tirando a la calle las cabezas, *pa el aquel del ejemplo*.

Cuando alguien le decía que por cargarse a la mujer y al arrimo no le echaban cadena a un hombre de bien, el *Costillas* replicaba que al de Llanorreal se la habían echado por *la levusía*. Y con eso se quedaban todos convencidos.

A veces se le volvían tristes los tragos y entonces hablaba de su víctima. Se lamentaba de aquel *repente* que le puso en la mano la navaja abierta y en el camino la barriga de aquel pobre diablo que nunca le había hecho nada.

Cuando se ponía así, el tío *Pristo* se dedicaba a quemarle la sangre, ponderando al difunto. Y el *Costillas* se apuraba hasta casi gemecar. Y parecía encogerse, se le achicaban los ojos en su cara de pilonga ahumada, bebía fallándole el tiento y dejaba que el vino se le escurriese cuello abajo. El tío *Pristo* cargaba la suerte y le decía que cualquier noche se le iba a aparecer el difunto, al doblar la esquina en que lo mató; pero el otro se salía entonces por la brava, jurando que si se lo topaba le volvería a poner las tripas al aire.

Terciaba el tío *Pin* en la conversación, diciendo que los difuntos no tenían tripas y había que respetarlos, que los huesos de los muertos le daban peso a la tierra.

A pesar de esas bravatas del *Costillas*, todo el pueblo sabía que al volver a su casa por las noches, daba un buen rodeo para no pasar por el callejón de la *Zagia*, que fué donde cometió el crimen. Los chicos, que habíamos nacido cuando ya el *Costillas* hacía suelas de alpargatas y el otro criaba malvas, sabíamos también el sitio exacto del suceso. «Aquí le dió la primera cuchillada y allí lo remató contra la pared».

* * *

Así eran las cosas en la cantina del tío *Pin*, de la que doña Rosa decía que era la vergüenza de Pinarillo, porque pasó no sé qué una noche con unas gitanas. Eso no lo pudimos saber los chicos; lo que fuera, pasó cuando estábamos en la cama.

Todo siguió igual hasta que la hija única del tío *Pin* heredó unos campos en Mezalocha, pueblo de su difunta madre. Y allí se fueron

padre e hija, después de venderle la casa al comerciante de al lado, que hizo obras y puso el patio de la cantina al nivel de la acera, uniéndolo a su tienda de tejidos. Pero eso ya no nos interesaba a los chicos; lo único que nos hubiera gustado era saber dónde había ido a parar el morico. Porque cuando ahora les dijésemos a los mentirosos «esa bola cuéntesela al *morico del Pin*», resultaría que no sabíamos a dónde los mandábamos.

Un día entramos a las obras y pudimos ver el agujero que quedó al quitarlo. Detrás estaba el rellano de la escalera interior de la casa y un rastro bien claro de que allí había habido un tonel. Fué una visita un poco decepcionante, como si nos hubiesen dejado ver desde dentro del escenario los trucos de un ilusionista.

Los clientes del tío *Pin* se fueron a otras tabernas, que no estaban en nuestro barrio. Algunas veces veíamos pasar al *Chorlito*, hablando solo y haciéndosele pequeña la calle. Cuando iba con *Cadola* se defendía mejor, porque éste tenía más aguante y le sujetaba los bandazos.

El tiempo pasó muy de prisa por *Chorlito* y *Cadola*. Con sólo que se llevasen un vaso a la boca, el olor ya debía de bastar para emborracharlos. Había quien aseguraba que nada más con pasar por la puerta de una taberna ya estaban encurdados.

Y con los años, *Cadola*, que había sido el más fuerte de los dos, entró en barrena y andaba medio baldado. A veces se apoyaba en cualquier pared y ya no arrancaba de allí, por más que el *Chorlito* intentase animarlo. Oírles discutir y ver los vanos esfuerzos de éste por echar a andar a *Cadola*, era un espectáculo frecuente en las calles de Pinarillo.

Ya ni en estado de semiembriaguez—que era el más lúcido que podían alcanzar—conseguía *Cadola* tenerse un buen rato en pie.

Chorlito tuvo que ir él solo a coger aliagas y a la estación, renunciando a la ocupación veraniega de vaciar pozos negros. Pero como cada día aguantaban menos vino, sus necesidades menguaban a la par de sus ingresos. El caso es que iban tirando. Porque suerte no les faltaba, pues llegó por entonces a Pinarillo un músico, hombre grande de verdad, que entre Chopín y Beethoven se atizaba unas tortillas de puntas de zarza, que no se las brincaba un gitano.

El *Chorlito* era su proveedor habitual y andaba muy afanoso por la orilla del río, cortando puntas verdes y tiernas de los zarzales. Entregaba su cosecha, recibía su buen par de reales y se iba en busca de *Cadola* para darles salida.

De ese nuevo trabajo le vino al pobre *Chorlito* su última hora. Con tanto andarse por la orilla del río, una tarde debió de perder el poco equilibrio que conservaba y caerse al río. No se sabe cómo fué, aunque no había que discurrir mucho para imaginarlo.

Cuando hacía dos días que no se le veía—quizás nadie hubiera notado su falta a no ser por *Cadola*, que andaba preguntando por él a todo el mundo—, les dió el último susto a las mujeres que estaban lavando junto al puente viejo. Allí se les apareció el cuerpo del *Chorlito*, que se quedó dando grotescas volteretas en un remolino del río.

Los alguaciles sacaron el cadáver, a las órdenes del juez y del secretario, y lo llevaron a la losa, para la autopsia. Poco quehacer le daría al forense, pero nunca se había ocupado tanto del *Chorlito* el señorío de Pinarillo.

Fué mucha gente al entierro. El *Chorlito* tenía mansos los tragos y nunca le había faltado a nadie, a no ser a *Cadola* en lo del mordisco, y eso bien perdonado se lo tenía. Además que en los pueblos impresionan mucho las muertes sin sábanas.

Cadola no pudo ir al entierro. Aun sin vino, no podía tenerse en pie. Unas mujeres, compasivas, le hacían corro intentando consolarlo. Impresionaba verlo llorar, sin secarse siquiera las lágrimas.

Una de las mujeres se sumaba aspaventosa a sus lamentaciones:

—¡Y qué mala suerte ha *tuvido el pobre!*

A lo que *Cadola* asintió, lloriqueando:

—Mala, mu mala. *¡Entriparradico d'agua!*

